



El hombre y su medio

Por Juan Díez Nicolás
(Catedrático de Universidad)

LAS relaciones del hombre con su medio ambiente siempre han interesado a los científicos, pero en la actualidad asistimos a un creciente interés por parte de toda la sociedad. Esta novedad no es, por supuesto, casual, sino que responde a una toma de conciencia a nivel colectivo respecto a la difícil encrucijada en que se encuentra nuestro planeta en la actualidad, que, en todo caso, parece tender a empeorar.

Queda ya lejos el optimismo de la década de los 60, cuando se creía que la Humanidad sería capaz de resolver la mayoría de los problemas, proporcionando, mediante un desarrollo continuado y lineal, prosperidad y libertad, justicia y bienestar para todos los seres humanos. Por el contrario, la crisis energética que comenzó en 1973 y que todavía continúa, nos ha sumido a todos en un cierto pesimismo respecto a las posibilidades no ya de mejorar el nivel de vida de las poblaciones, sino incluso de mantener los niveles ya alcanzados.

La crisis económica actual, cuyas consecuencias más visibles son una inflación y un paro sin precedentes, parece conducir irremediabilmente hacia una situación en que aumentarán las desigualdades entre naciones, así como las desigualdades entre regiones y grupos sociales dentro de cada nación, y en la que las tasas de crecimiento económico no sólo serán bajas, sino que, en muchos casos, serán incluso negativas.

Todos los expertos parecen coincidir en que la actual situación del mundo se caracteriza por tres rasgos: un crecimiento muy rápido de la población (que ya se advirtió desde la década de los 50), un preocupante y acelerado agotamiento de los recursos y una creciente degradación del medio (físico-natural y socio-cultural) en que vive la Humanidad. En resumen, parece que estamos asistiendo a un preocupante empeoramiento de la calidad de vida que, al contrastar manifiestamente con las mayores expectativas de los diferentes grupos sociales, puede provocar un gran incremento de los conflictos sociales, tanto a nivel intranacional como a nivel internacional.

Naturalmente, el peligro de esta situación no es solamente el de constituir una amenaza para la paz social, sino el de poder inducir la tentación de recurrir a sistemas políticos autoritarios para solucionar los problemas existentes, cuando no está garantizado (sino más bien lo contrario), que los regímenes autoritarios estén más capacitados que los democráticos para enfrentarse a las crisis económicas y sociales.

A grandes rasgos, pues, todo parece indicar que, de cara al futuro, y en especial de cara a los próximos

20 años que nos separan del año 2000, la población del mundo va a ser mucho mayor y va a estar concentrada en las áreas urbanas (y fundamentalmente en unas pocas áreas metropolitanas), los recursos van a ser proporcionalmente menores, y la contaminación ambiental va a ser también mayor.

NO se debe olvidar, sin embargo, que la adaptación del ser humano a su medio se realiza siempre a través de la cultura, y más específicamente a través de la organización social (aspectos no materiales) y de la tecnología (aspectos materiales). Aunque, hasta ahora, el continuo desarrollo de la tecnología ha contribuido a paliar la presión ejercida por la población sobre los recursos, no parece arriesgado anticipar que la tecnología, *per se*, va a encontrar serias dificultades para desarrollarse y, por consiguiente, para resolver los problemas planteados.

Por ello, no resulta extraño comprobar que la organización social, las distintas formas de organización social (familiar, política, económica, etc.) también se está adaptando a las nuevas situaciones. En efecto, las transformaciones en las distintas formas de organización social van a acelerarse, previsiblemente, en las próximas dos décadas, y vale más que todos nos acostumbremos a dichos cambios. Cambiará el escenario internacional, a causa de la creciente interdependencia de unos países respecto a otros; cambiarán las estructuras económicas (recuérdese que desde hace años se viene hablando de la conveniencia de un nuevo orden económico internacional); cambiará la estructura familiar, tanto por lo que respecta a la constitución y disolución de las estructuras familiares como con respecto a los papeles desempeñados dentro de ella por los diferentes miembros. Cambiarán las instituciones y los procesos educativos, las instituciones políticas, etc.

Pero, de otra parte, la tecnología puede agravar la situación o puede ayudar a remediarla (el papel de los transportes y las comunicaciones es, en este punto, absolutamente crucial).

En cualquier caso, por consiguiente, deben esperarse profundos cambios en los sistemas de valores, más instrumentales para esa nueva sociedad que parece estar surgiendo, y que algunos ya han bautizado como "sociedad posindustrial". No hay que caer ni en el pesimismo ni en la apatía, sino aceptar con realismo la actual situación social y económica para promover aquellos cambios sociales que se estimen instrumentales para el fin propuesto. ■